

[...] Pero, ¿resultaba quizás esto caprichoso y confiado en exceso? La historia de las operaciones anfibias está llena de campañas que fracasaron a despecho de las más favorables predicciones, así como de empresas que lograron el éxito a pesar de todas las dificultades. Incluso en diciembre de 1588, la salvación de Inglaterra todavía le parecía algo milagroso a Sir William Winter. <<Cuando pienso que los barcos están sometidos al viento, al tiempo y otros azares>>, advertía, <<no me parece que sea bueno fiar sólo en ellos nuestra defensa>>. Y sin embargo, esto era precisamente lo que Isabel había hecho. Inglaterra carecía de todos los recursos vitales para resistir una invasión: si en efecto la Armada hubiese desembarcado no se disponía ni de fortificaciones, ni de tropas ni de dinero suficiente para hacer frente a los españoles.

En efecto las órdenes de Parma estaban claras. Las instrucciones que había recibido del Rey, emitidas el 1 de abril de 1588, le ordenaban conducir sus tropas, desde la cabeza de playa cerca de Downs, y a través de Kent hacia Londres, que había de capturarse por la fuerza (preferiblemente con Isabel y sus ministros todavía allí), y esperar que todos los católicos o al menos aquellos que eran enemigos del régimen Tudor, se alzaran en rebelión y ayudaran a los invasores a hacerse con el reino. Pero el plan no dependía de tal rebelión: Felipe era bien consciente de que no todos los católicos ingleses apoyarían una invasión española, a pesar de los esfuerzos propagandísticos desarrollados por los exiliados de su corte, por los panfletistas del Papa y por los doctores del Colegio Inglés en Douai. Todo lo que esta polémica había logrado era despertar las sospechas del gobierno inglés, que primero procedió a desarmar a los recusantes, y más tarde sometió a internamiento a alguno de sus líderes. Los católicos ingleses -como el Cardenal Allen y sus doctores de Douai- podrían ser apoyaturas importantes del nuevo régimen después de la conquista, pero hasta entonces podrían ser perfectamente ignorados.

Preocupaba mucho más al Rey la posibilidad de que la invasión de Parma llegara a empujarse antes de alcanzar una victoria abierta en el sudoeste. Al respecto, sus instrucciones eran las mismas que las apuntadas por Don Juan de Zúñiga en 1586. El duque había de aprovechar su presencia en el suelo inglés para forzar a Isabel a efectuar algunas concesiones: concesión de la libertad de culto para los católicos; y entrega a España de todas las ciudades holandesas donde los ingleses mantuvieran tropas (especialmente Flushing que dominaba el acceso marítimo a Amberes). Además, podía intentar obtener una indemnización de guerra por parte de Inglaterra, aunque podía renunciar a tal cosa a cambio de las concesiones principales.

Pero una victoria sin condiciones no resultaba de ninguna manera imposible. Ni siquiera Sir Walter Raleigh dudaba de que el ejército de Flandes, una vez desembarcado en Inglaterra, fuera perfectamente capaz de lograrla. Las defensas de Isabel, apuntó en su Historia del Mundo, <<carecían de la fuerza suficiente para resistir un ejército como el que se suponía que el príncipe de Parma había de desembarcar en Inglaterra>>. La única deficiencia de Parma consistía en la carencia de un tren de sitio; y por supuesto, éste había sido previsoramente embarcado en la Armada por Felipe II, listo para su desembarco e inmediato uso.

Se trataba de una ventaja de importancia crucial puesto que pocos castillos y ciudades del sudeste inglés eran capaces de aguantar un bombardeo pesado. En efecto, las fortificaciones de la mayor parte de las plazas de Inglaterra isabelina resultaban extremadamente deficientes. Según un viejo soldado descontento, los ministros de la Reina <<estaban persuadidos, igual que los Lacedemonios, de que la fortificación de ciudades tiene más inconvenientes que ventajas>>. Es cierto que Enrique VIII había hecho bastante para mejorar las defensas de la costa de Kent, construyendo cinco nuevos fuertes entre Downs y Rye, y cinco más a lo largo del estuario del Támesis. Pero todas estas nuevas defensas (como todavía puede apreciarse si se visita las ruinas de los castillos de Camber y Walmer) fueron levantadas con débiles murallas circulares y bastiones curvos y huecos. Ciertamente, se elevaba con ello al máximo el potencial de la capacidad de fuego ofensivo - el castillo de Sandgate lucía troneras suficientes para 60 piezas artilleras y 65 armas de fuego menores-, pero a cambio la capacidad defensiva resultaba notoriamente deficiente. Los escuadrones de asalto de Parma habrían dado rápidamente cuenta de ellos. La experiencia militar reciente había mostrado muy a las claras que únicamente bastiones sólidos en ángulo, protegidos por amplios fosos, eran capaces de resistir el embate de la más poderosa artillería; y en el sudeste de Inglaterra sólo el pequeño castillo de Upnor, construido en la década de los sesenta para defender el nuevo arsenal naval de Chatham, disponía de esas defensas. Las ciudades mayores de Kent -Canterbury y Rochester- estaban todavía defendidas tan sólo por anticuadas murallas medievales, mientras que el castillo de Rochester, que dominaba el paso principal sobre el Medway,

presentaba un aspecto más bien ruinoso. No parece que existieran fortificaciones de ninguna clase entre Sandwich y el Medway. Sin duda, Felipe II había seleccionado cuidadosamente el punto más vulnerable de su adversario.

Con tan escasos impedimentos físicos en su camino, Parma y sus veteranos hubieran sido capaces de moverse con rapidez. Cuando en 1592 invadió Normandía con 22.000 hombres, el duque cubrió 110km en 6 días, a pesar de la tenaz resistencia de fuerzas numéricamente superiores. Incluso frente a una resistencia firme, los españoles podrían razonablemente haber cubierto las 140 millas que separaban el noreste de Kent de Londres en una semana. Un avance tan rápido les habría proporcionado la ventaja de la sorpresa, y también el regalo de un avituallamiento abundante, por cuanto empezaba a recogerse la cosecha en Kent. Ni siquiera Londres podía representar un obstáculo serio, puesto que la ciudad se encontraba sólo defendida por destantalados muros medievales. Estas mismas murallas habían sido incapaces de contener a un ejército de rebeldes deficientemente equipado que en 1554 había marchado a través de Kent, cruzando el Támesis en Kingston y, avanzando impunemente a través de Westminster, descendió por Fleet Street hasta Ludgate. En términos militares, Londres representaba un desafío menor que Amberes, ciudad defendida por un circuito de 8 km de murallas, construido a tenor de los más sofisticados diseños modernos. Sin embarco, las defensas de Amberes no habían bastado ante el Ejército de Flandes en 1585.

Con todo, como bien sabía Parma, la condición física de las defensas de una ciudad no era siempre el factor decisivo en tiempo de guerra. En los Países Bajos, varias plazas con fortificaciones deficientes y pasadas de moda, habían conseguido, gracias a la determinación de sus poblaciones asediadas, evitar la captura; a la inversa, otras ciudades protegidas por magníficas fortificaciones habían caído en manos españolas con facilidad, al sucumbir ante el soborno sus pobladores, sus guarniciones o sus comandantes. No es modo alguno seguro que los defensores de las grandes ciudades y castillos ingleses hubiesen resistido a los españoles hasta el último hombre. Después de todo, las tropas isabelinas en los Países Bajos poseían a este respecto un historial notablemente descorazonador: en septiembre de 1582 William Semple entregó la fortaleza de Lier a los españoles; en noviembre de 1584 la guarnición inglesa de Aalst vendió su ciudad a Parma a cambio de 45.000 ducados; en febrero de 1587, Sir William Stanley y el capitán Roland Yorke, junto con aproximadamente 700 hombres bajo su mando, entregaron a Parma las plazas que les habían sido confiadas, comenzando a luchar desde ese momento contra sus antiguos compañeros aliados.

Los apologistas del régimen Tudor pueden alegar que muchos de estos hombres eran católicos irlandeses o angloirlandeses, y así no fiables *ipso facto*; pero no por ello deja de ser cierto que todos habían sido reclutados por, o con el consentimiento de, el gobierno inglés, y enviados fuera del país para luchar en concreto en los Países Bajos a favor de la causa protestante. Isabel y sus asesores, es más, cifraban en 1588 sus esperanzas en compañeros de armas de estos traidores, haciendo retornar a cuatro mil hombres procedentes de Holanda para formar el núcleo del ejército que había de defender Londres. Su intendente general era el hermano de Roland Yorke, y el tercero en el mando era Sir Roger Williams, que había servido en el ejército de Flandes durante cuatro años. No puede excluirse la posibilidad de que algunos de estos hombres fueran capaces de venderse a Parma en Inglaterra, exactamente de la misma manera que sus compañeros lo habían hecho en los Países Bajos.

Isabel, sin embargo, no tenía otra elección. Estaba obligada a depender de veteranos procedentes de Holanda, puesto que carecía de otras tropas experimentadas en las que confiar. Un censo elaborado por su gobierno en junio de 1588 para averiguar el número de "martial men"- esto es, veteranos- que residían en Inglaterra, arrojó una cifra de solo un centenar (alguno de los cuales, en servicio desde los años cuarenta, eran demasiado viejos para resultar útiles). Los seis mil reclutas de las milicias londinenses, que habían recibido entrenamiento dos veces por semana desde marzo, eran probablemente capaces de desenvolverse relativamente bien en combate (cosa que algunos ponían en duda); pero poco cabía esperar de las milicias de los condados del interior.

Para empezar, se encontraban lamentablemente equipados. Un informe acerca de los 9.088 hombres movilizados en Hampshire reveló que muchos estaban <<muy pobremente armados, faltándoles a alguno el casco, a algunos la espada, a algunos una u otra cosa lo cual les proporcionaba un aspecto deplorable, impropio>>. Ciertamente la milicia de Kent fue provista de mosquetes por vez primera en julio de 1588; pero esto estaba lejos de representar la norma: la mayoría de las levadas del condado movilizadas para resistir a la armada incluían nutridos contingentes de arqueros. En cualquier caso, muchas unidades no recibieron la orden de movilización hasta el 2 de agosto y, lo que era aún peor, se pusieron en marcha sin comida ni bebida. Cuando los hombres de la milicia de Essex llegaron a Tillbury -donde se esperaba equivocadamente que los españoles efectuaran el desembarco-, llevaban consigo <<nada más que algunas provisiones

individuales, de manera que a su llegada, no había allí ni un barril de cerveza, ni una hogaza de pan para ellos>>. Esto era el 5 de agosto. Este mismo día se dio la orden a los oficiales de los reclutas procedentes de Londres para que interrumpieran su marcha allí donde estuviera, <<excepto aquellos que llevaban provisiones consigo>>. Difícilmente podía Inglaterra ser defendida por hombres mal alimentados.

Las fortificaciones de Tilbury estaban aparentemente desorganizadas y poco preparadas. Sólo el 3 de agosto había empezado a trabajarse allí y todavía no existían plataformas artilleras capaces de acomodar la artillería. La cadena flotante de Giambelli a través del Támesis consistía en un improvisado amasijo de mástiles, cadenas y cables que se rompía al primer golpe de corriente, mientras que el puente de barcasas que había de enlazar Tilbury con las tropas estacionadas en Kent, al otro lado del río, apenas había empezado a construirse.

En Kent, las tropas de Dover (en su mayoría simples reclutas) empezaron a desertar en número considerable cuando la Armada fue avistada frente a Calais (quizás por falta de paga pero más probablemente a causa del miedo) de manera que al final sólo permanecían allí cuatro mil hombres. Una fuerza a todas luces inadecuada para cerrar el paso a los experimentados españoles.

En cualquier caso, se encontraban en lugar equivocado. Hasta el 2 de agosto el comandante en jefe (Leicester) careció de poderes para órdenes a las tropas que se encontraran fuera del condado de Essex, y en su ausencia se produjo una controversia acerca de la adecuada estrategia a seguir, entre el oficial general encargado del sureste, Sir John Norris, y el comandante local en Kent, Sir Thomas Scott. Incluso en el momento en el que aproximaba la Armada, Scott todavía argumentaba a favor de repartir sus fuerzas a lo largo de la costa para "replicar" al enemigo "a la orilla del mar", mientras que Norris deseaba replegarlas todas hacia el interior excepto una pequeña cobertura, para acantonarse en Canterbury y allí <<impedir al enemigo el avance rápido sobre Londres o sobre el corazón del reino>>.

Así, resulta razonable suponer que si Parma y Medina Sidonia hubieran desembarcado a sus 23.000 hombres en Kent a primeros de agosto de 1588 su marcha sobre Londres habría encontrado sólo la oposición de tropas inferiores en número, carentes de entrenamiento y mal posicionadas, que habrían actuado careciendo de órdenes concretas y sólo protegidas por un puñado de ciudades inadecuadamente fortificadas. De suerte que el éxito de la invasión hubiera dependido principalmente de la capacidad de resistencia de la gente corriente del sudoeste inglés. ¿Cuán decidida hubiera resultado la defensa de Londres y de los condados de sus alrededores?

Ciertamente existía una considerable aversión hacia los españoles en estas áreas firmemente protestantes, una aversión exacerbada por una eficaz propaganda que se expresaba mediante espeluznantes relatos acerca de su crueldad, como el *The Spoyle of Antwerp* (Londres, 1576), de George Gascoyne, y la versión inglesa de la *Destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas (publicada en 1583). Pero el odio resultaba condicionado por el miedo cerval: miedo a que el formidable poder de España y de sus aliados católicos <<podiera tragarse a la pequeña Inglaterra como el hambriento cocodrilo hace con él más pequeño de los peces>>. En última instancia todo hubiera dependido de la tropa y ciudadanos de Inglaterra: ¿Serían capaces o querrían luchar en las playas y en las calles por Isabel Tudor, una envejecida reina sin sucesor reconocido y por su tambaleante Iglesia que (según un contemporáneo) incluso en la década de los noventa <<la gente corriente en su inmensa mayoría>> todavía denominada "la nueva religión"? ¿O se habrían mantenido en pasiva indiferencia a la espera del resultado de la campaña? Incluso en 1588 había hombres en Kent que abiertamente <<mostraban regocijo cuando llegaban noticias de su (de los españoles) éxito y lamentaban lo contrario>>; mientras que otros declaraban que <<los españoles ... eran mejores que la gente de esta tierra>>.

Por supuesto, no era necesario para los invasores conquistar la totalidad de Inglaterra para alcanzar los objetivos de Felipe II: simplemente la ocupación de Kent hubiera rendido importantes ventajas. Parma podía haber aprovechado sus conquistas, junto con la amenaza de otra rebelión católica en el norte o en Irlanda, para arrancar de Isabel las tres concesiones clave: tolerancia para los católicos en Inglaterra, retirada de los Países Bajos y una indemnización de guerra. Y si Inglaterra hubiera aceptado una paz separada no parece que los holandeses hubiesen luchado en solitario durante mucho tiempo. Cuando en diciembre de 1587, a requerimiento de Isabel, los Estados Generales de la República debatieron extensamente acerca de si debían enviar una delegación a las conversaciones de paz en Bourbourg, se elevaron cierto número de voces a favor de ello. Aunque la mayoría, (si bien no todos) de los holandeses y zelandeses se opusieron, las provincias del interior que habían de cargar con todo el peso de la guerra contra España (especialmente Güelderes, Overijssel y Frisia) clamaron firmemente a favor de un acuerdo. El enviado especial de la reina Isabel, encargado de convencer a los holandeses de la necesidad de negociar, informó a Isabel de que <<la

República de estas Provincias se compone de diversas partes y profesiones, a saber, protestantes, puritanos, anabaptistas y pro-españoles los cuales no son pocos; resulta cierto que dividiéndolos en cinco partes protestantes y puritanos apenas alcanzan un quinto del total>>. Y continuaba el enviado, sólo los <<protestantes y puritanos>> estaban a favor de la continuación de la guerra. La controversia acerca de la guerra o la paz se hizo cada vez más enconada hasta que la derrota de la Armada despejó la cuestión; pero de haber tenido éxito la empresa de Inglaterra, la presión a favor de un compromiso hubiera resultado con toda seguridad irresistible. También en lo que se refiere a la Rebelión de los Países Bajos; Medina Sidonia no habría navegado en vano.

Resulta siempre fácil razonar a posteriori. Enfatizando los aspectos carentes de realismo de la estrategia "poltrona" diseñada por Felipe II, o quizás la excesiva precaución de Parma o la falta de experiencia naval de Medina Sidonia, no es difícil presentar el proyecto total de la Armada como una aventura fútil, excesivamente ambiciosa y producto de una mente calenturienta. Pero esto es injusto. Si se efectúa un balance cuidadoso y equilibrado de la campaña de 1588, han de tomarse en cuenta tanto los puntos fuertes como los puntos débiles: la selección de un área de invasión idónea; la magnífica planificación e inmensos recursos que hicieron aproximarse a la flota procedente de España y al ejército proveniente de los Países Bajos; los pacientes y eficaces esfuerzos diplomáticos que aseguraron tanto la parálisis de Francia como el aislamiento completo de Inglaterra durante 1587 y 1588; la siembra cuidadosa en el seno de la República Holandesa; los enormes beneficios que pudiera haber rendido para España la ocupación siquiera de una parte de Kent, de haberse explotado correctamente. Ha de dejarse también un cierto margen a la suerte: que, de alguna manera, uno de los mensajeros de Medina Sidonia hubiera alcanzado a Parma antes de que la flota llegara a Calais; que la flota hubiera sido capaz de reagruparse tras el ataque de los brulotes; que el viento hubiera invertido su rumbo y permitido a la Gran Flota, recompuesta, regresar a los estrechos, mientras las fuerzas de Parma permanecían embarcadas en los lanchones y las santabárbaras inglesas continuaban todavía vacías.

Todas o algunas de estas contingencias pudieron haber tenido lugar, y de haber sido así ¿quién puede ahora prever sus consecuencias? Sólo una cosa es cierta. Si, durante la segunda semana de agosto de 1588, el ejército de Flandes se hubiera encontrado marchando hacia Londres, todo el mundo hoy conceptuaría la Armada Invencible, a pesar de todas sus deficiencias, como la obra maestra de Felipe II.